

El Grano de Arena

REVISTA QUINCENAL, RACIONALISTA.

EDITOR Y ADMINISTRADOR RESPONSABLE, DOMINGO NUÑEZ.

AÑO I

San José, 21 de Junio de 1896.

NÚMERO 11

ADMINISTRACION
CALLE 29 SUR, NUMERO 337.

CONDICIONES:

Suscripción por 12 números... \$ 1-00
Número suelto... \$ 0-10
Pago anticipado.
Se insertan gratis todas las piezas que merezcan la aprobación de la redacción.

"Se reconoce el verdadero espiritista por su transformación moral y por los esfuerzos que hace para eliminar sus malas inclinaciones." Allan Kardec.

El Espiritismo no impone una creencia, invita a un estudio. Aquel que rechaza la verdad que se le ofrece, es más loco, que si en medio del desierto muriéndose de sed no aceptara el ánfora del agua.

EL GRANO DE ARENA

ESPIRITISMO.

Aun en personas despreocupadas y de elevada cultura intelectual, la simple enunciación de esa palabra suele provocar desdeñosa sonrisa. Creen que se trata de una doctrina supersticiosa, producto de inteligencias desequilibradas, ó de falsos hechos que se ejecutan con ánimo de engañar á los incautos; y así, fuertemente prevenidas contra todo cuanto se refiere al Espiritismo, condenan en conjunto, sin examen previo, sin el estudio necesario para dar parecer fundado en ciencia y en razón.

Mas debemos confesar que si bien tal proceder es incorrecto, la prevención de que hablamos no deja de tener algún motivo. No fueron los sabios en el retiro de su gabinete los que hicieron los primeros estudios y experimentos cuando el asunto co-

menzó á llamar la atención, sino que individuos desprovistos de la competencia necesaria para juzgar rectamente, emprendieron la tarea de popularizar los hechos y de dar acerca de ellos explicaciones extravagantes é inverosímiles en su mayor parte, lo que hizo se levantara desde luego tremenda tempestad contra lo que se juzgaba como aberración de ciegos entendimientos ó producto de vergonzosa superchería. De ahí la prevención y desconfianza.

El mismo Kardec, á quien tanto deben los estudios psicológicos, no pudo sustraerse al influjo de las religiones positivas; y por éso al fomentar la doctrina espírita, le dió cierto tinte de misticismo que no podía menos de prevalecer en contra de ella á los librepensadores, tan reñidos con los credos religiosos del pasado.

Pero hoy el Espiritismo tiene bases científicas y trata de colocarse en posición independiente de toda influencia extraña. No impone creencias sino que muestra los fenómenos y busca explicaciones racionales que cada cual puede admitir ó rechazar de acuerdo con su criterio personal.

Sin embargo, como el poder de las preocupaciones es tan grande, muchos que simpatizan con la doctrina y están convencidos de su verdad é importancia, rehusan confesarlo abiertamente por temor al ridículo que les acarrearía el nombre de *espiritistas*.

Para obviar ese inconveniente se ha deseado cambiar el término *Espiritismo* por otro que no despierte desconfianza y se ajuste en lo posible á la naturaleza íntima de las cosas que se trata de designar. Los norteamericanos é

ingleses emplean la expresión *Espiritualismo Moderno* (Modern Spiritualism) y ya algunos la han adoptado en español, siendo posible que se vaya generalizando. *Psiquismo* (ciencia del alma) es otro término que también suele emplearse con el mismo objeto.

Sea como fuere, cualesquiera que sean los términos que se tomen para expresar esa clase de hechos y doctrinas, es lo cierto que el fondo es el mismo y que vale la pena de exhibirlos en todas sus facetas y detalles.

Pocos estudios pueden presentar un campo tan vasto á la investigación y sostener interés tan vivo. Un mundo desconocido se abre ante la mirada atónita del observador; muchas conjeturas véense convertidas en palpables realidades; y no pocas creencias se desvanecen para siempre. Así es que no sin razón se ha llamado á este orden de fenómenos *lo maravilloso positivo*.

Cuestiones son éstas que interesan en alto grado á pobres y ricos, grandes y pequeños, pues si de algo estamos seguros es de que todos debemos morir; por consiguiente es útil cerciorarnos en cuanto sea posible de cuál ha de ser nuestra futura situación, para dirigir desde ahora nuestros esfuerzos en el sentido que más favorezcan el destino humano en toda su extensión.

Se dirá que es inútil tratar de penetrar semejantes *misterios*: que es imposible la solución del problema de la existencia, dadas las capacidades humanas y los medios de que disponemos. Pero es discurrir muy á la ligera y cerrar la

puerta á las más nobles y legítimas aspiraciones.

Nada está vedado á la inteligencia del hombre; nadie puede decir con seguridad hasta dónde llega el poder del entendimiento y la posibilidad de adquirir conocimientos verdaderos acerca de las cosas. La experiencia diaria demuestra que con frecuencia, lo que antes se consideraba como utópico, andando el tiempo y mediante el estudio perseverante, llega á ser indisentible realidad.

"El observador concienzudo de cualquier ramo de ciencia, dice con mucho acierto John Herschell, debe ver con serenidad los nuevos hechos que se le presentan, por más que éstos sean contrarios á las teorías hasta entonces aceptadas, pues ellos son precisamente los que conducen al descubrimiento de nuevas verdades."

Por lo tanto, procedamos *sin pasión ni prevención*, trabajemos con empeño en la indagación de la verdad; y, no hay que dudarlo, recogeremos riquísima cosecha que nos recompensará con usura nuestros desvelos y fatigas.

LUMEN.

MI NUEVA FE.

Ofuscada mi inteligencia en un laberinto de incompletos conocimientos científicos, me incliné al ateísmo.

Dichosamente para mí, ha sobrevenido en mi espíritu cansado una reacción; he despertado del letargo en que yacía, al empapar mi inteligencia en las aguas puras y filosóficas del espiritualismo moderno. En fuerza de investigaciones y estudios, se ha disipado mi incre-

dulidad y concientemente he podido, gracias á la Ciencia Espírita, ir descórriendo el velo que me ocultaba el más allá de mi presente vida.

Aquella ciencia me ha demostrado que la nada no existe; que no somos como gota de agua que se confundiera en la inmensidad del océano; que nuestra presente vida está enlazada á posteriores y anteriores existencias; que nuestra alma, siendo como es emanación de Dios, no se extingue al desencarnar, ni pierde su individualidad; que por el contrario, como lo ha probado el espiritismo, tiene que recorrer infinita escala, en diversos mundos y existencias, para su adelanto moral é intelectual, y así purificada llegar hacia Dios.

Estas creencias han sido para mí consoladoras y me han apartado del ateísmo que quita los estímulos del bien y abre la puerta del mal, dejando la virtud sin ningún mérito, sin ningún premio, y las malas acciones sin castigo.

El espiritismo, con sus sabias enseñanzas, me ha demostrado verdades para mí incontrovertibles y me ha señalado el recto camino que debe guiarme al ir en busca de lo desconocido; y esto sin exigirme una fé ciega, como hacen las religiones positivas que imponen sus dogmas, por más que sean contrarios á la razón y aun á la misma naturaleza.

Tengo conciencia de haber hecho un estudio que ha sido como un rayo de luz que ha disipado las sombras que oscurecían mi pobre inteligencia.

Muchos de los compañeros en ideas, que tuve en otro tiempo, me han preguntado ¿qué es el espiritismo? ¿qué fin se propone? ¿qué beneficio y qué utilidad se saca de él? Y á todas esas preguntas he contestado: el espiritismo es una ciencia filosófica y experimental; el fin que se propone es mejorar al hombre intelectual y moralmente; y el beneficio que de él podemos sacar es espiritual y consiste en acortarnos el camino para llegar á Dios, evitándonos así futuras expiaciones consiguientes á nuestras faltas.

DOMINGO NÚÑEZ.

LA VISION DE CARLOS XI

PRUEBAS RIGUROSAMENTE CIENTIFICAS.

Carlos XI, de Suecia, tuvo en la noche del 16 al 17 de Setiembre de 1676 un visión referente á los destinos de su sexto sucesor.

Un documento auténtico, conservado en los archivos reales relata minuciosamente el hecho, que se podría calificar de sobrenatural, si en la naturaleza el sobrenatural podía existir.

Hé aquí el texto:

Yo, Carlos XI, rey de Suecia, en la noche del 16 al 17 de Setiembre de 1676, sufriendo más que de costumbre de mi enfermedad de melancolía, desperté á las once y media y dirigiendo mi mirada hacia la ventana, ví que había mucha luz en la sala de los Estados. Dije al canciller Bjelke, que estaba en mi cámara: ¿qué luz es la que veo en la sala de los Estados? creo que es el fuego. Contestóme, no, magestad, es el brillo de la luna que se refleja en las ventanas. Esta explicación me dejó satisfecho y me dí vuelta hacia la pared, pero volviendo á ver el reflejo dije entonces: Esto no me parece natural. Mi querido canciller contestó: Ciertamente, esta luz no es otra cosa que el reflejo de la luna. Al poco rato entró el consejero Bjelke para informarse de mi salud. Le pregunté si tenía conocimiento de alguna desgracia ó de un incendio que se hubiera producido en la Sala de los Estados. Me contestó después de un instante de reflexión: A Dios gracias no es nada más que el reflejo de la luna que podría hacer creer que hay luz en la Sala de los Estados. Me tranquilicé en algo, pero como miraba de nuevo del lado de la Sala, me pareció ver gente. En seguida me levanté y púseme un abrigo, abrí la ventana y ví que había en la Sala una infinidad de luces.— Dije entonces: buenos señores, esto no está en el orden natural; sabeis que el que teme á Dios no debe temer á nada en el mundo, quiero pues, ir allá á fin de saber lo que puede ser.

Ordené á los asistentes que bajaran al cuarto del Vaguemestre para avisarle que trajera las llaves.

Cuando llegó, fui hasta el pasaje secreto que está arriba de mi cámara, á derecha del dormitorio de Gustavo Ericson.

Ordené al Vaguemestre de abrir la puerta, pero éste temeroso, me suplicó de perdonarle, agregando que no se animaba á abrir aquella puerta. Encargué entonces al canciller, quien también se rehuyó. Me dirijí por fin al consejero Oscenstiern, el que jamás ha tenido miedo, le encargué de abrir la puerta, pero me contestó: He jurado de exponer mi cuerpo y mi sangre en defensa de vuestra magestad, pero no he jurado de abrir esta puerta.

Me sentí algo emocionado, pero tomando valor, abrí la puerta y vimos que todo en el pasaje, incluso el piso, estaba con colgaduras negras. Yo y los demás, bastante temblorosos, fuimos hasta la puerta de los Estados.

Ordené nuevamente al Vaguemestre que abriera la puerta, pero de nuevo me suplicó que lo dispensara, los demás se excusaron igual. Tomé la llave y abrí la puerta.

Apenas pisé el umbral, cuando me retiré algo confuso.

Tuve un momento de indecisión, mas pasado éste, dije: Buenos señores, si quereis seguir veremos lo que aquí pasó, quizás Dios quiere revelarnos algo. Contestáronme afirmativamente con voz temblorosa y entramos.

Vimos una mesa larga rodeada por diez y seis hombres ancianos y de un aspecto noble, cada uno tenía delante de sí un gran libro y en medio de ellos estaba un rey, joven de diez y seis á diez y siete ó diez y ocho años, la corona puesta y con el cetro en la mano derecha; á su derecha estaba sentado un señor de traje rico y de regular estatura, pareciendo tener unos cuarenta años. En su fisonomía leíase la honradez, á su lado se hallaba un señor de unos setenta años. Noté que el rey

joven movía la cabeza y los hombres que lo rodeaban golpeaban la mano sobre el libro grande que tenían delante.

Miré en otra dirección y ví cerca de la mesa unos verdugos, que arremangados cortaban cabezas tras cabezas, á tal punto, que la sangre corría por el piso. Dios me es testigo, tuve mucho miedo. Miré á mis sandalias para ver si no se manchaban con la sangre, pero no. Aquellos á quienes mataban eran jóvenes gentilhombres.— Miré á otra parte y ví un trono medio derribado y al lado un señor que parecía ser el regente, tenía unos cuarenta años.

Empecé á temblar y retirándome hacia la puerta exclamé: ¿Cuál es la voz del señor que debo oír? Dios mio! Cuando eso se producirá?

Nada me fué contestado, pero el rey joven, movió varias veces la cabeza, mientras los hombres golpeaban con más fuerza sobre el libro. Exclamé más fuerte: ¡Dios mio! ¿Cuándo eso llegará? Hacednos la gracia de decirnos cómo deberemos comportarnos. Entonces el rey joven me contestó: Esto no se realizará durante tu reino, pero sí á la época del sexto soberano despues de tí; será de la edad y fisonomía en que me ves, y aquel que allí está, demuestra como será mi tutor, el trono estará muy cerca de ser derribado en los últimos años de mi tutela por algunos joveres nobles, pero el tutor, que antes percutirá al joven rey, tomará su cargo á lo serio y levantará el trono á tal punto, que no habrá habido en Suecia rey más grande, ni tampoco lo habrá despues. El pueblo sueco será feliz y este rey llegará á una edad muy avanzada; dejará el país sin deuda y con millones en el tesoro. Pero antes que el trono se halle consolidado correrán ríos de sangre, como nunca los hubo ni tampoco los habrá.

Debes tú, como rey de Suecia, dejarle buenos consejos.

Cuando hubo hablado todo desapareció y nos quedamos solos en la Sala con nuestras luces. Nos retiramos admirados como se puede imaginar, y

cuando volvimos á pasar por el pasaje secreto, todas las colgaduras negras habíau desaparecido y todo se hallaba en orden, como de costumbre.

Entramos en mi cámara y en seguida me senté para relatar por escrito este consejo avisador, lo mejor que pude. Todo es la pura verdad, lo firmo bajo juramento y que Dios me ayude.

Firmados: CARLOS XI,
Rey actual de Suecia.

Como testigos hemos visto todo como su Magestad lo relata, confirmamos todo bajo nuestro juramento y que Dios nos ayude.

Firmados: Carlos Bjelke, canceller.—N. W. Bjelke, consejero.—A. Ocsenstiern, consejero.—Pedro Gransten, Vice-Vaguemestre.

COSAS DEL PADRE BIROT.

Con motivo de haberse dicho que se hallaba enfermo nuestro distinguido hermano don Pedro Pérez M., el Presbítero don José Birot tuvo á bien hacerle una visita. Suponemos que el señor Birot se preocupó al saber que el señor Pérez se encontraría enfermo, á causa de que la última vez que discutieron sobre materias espíritas, aquel señor se exaltó algo, é hizo una evocación á los espíritus infernales, faltando así á la caridad cristiana.

Aquella evocación tuvo por objeto que dichos espíritus se posesionaran del señor Pérez y de su apreciable familia, durante el término de tres meses.

Por fortuna nuestro hermano y los suyos, que son personas despreocupadas, no dieron importancia alguna á tales amenazas.

Las de esa clase, lo mismo que las excomuniones, no sirven más que para su propio desprestigio; y para probar una vez más el ningún poder que tienen sobre los malos espíritus, diremos que durante más de tres meses corridos desde la evocación hasta hoy, ningún contratiempo ha sufrido el señor Pérez ni su familia, á pesar de las epidemias que han reinado.

¡Qué contraste presentan los que se llaman discípulos de Jesús, con el Maestro! Éste sacaba del cuerpo los malos espíritus y aquéllos los evocan pretendiendo dañar á sus semejantes. ¡Qué mal se exhiben estos señores!

SIN RESPUESTA

ha quedado la carta que nuestro Hermano don Pedro Pérez M. dirigió al Presbítero don Daniel Carmona. El señor Pérez, sin contestación á su carta, ha recibido por ella la felicitación de muchas personas ilustradas.

¿El señor Presbítero Carmona contestará? No lo sabemos. Ojalá que él quisiera entrar con nuestro Hermano en polémica científica, alejada de todo lo que pudiera ser personal, por expresiones reprobadas por la cultura.

En ese terreno encontrarán siempre á nuestro Hermano, porque él con finura sustenta su fe.

DUELO

Una simpática niña, hija de nuestro apreciable Hermano D. Vicente Madriz, ha dejado su envoltura material para volar á regiones superiores. Somos partícipes de su pena, y deseamos al señor Madriz y familia resignación en tan duro golpe.

En estas breves líneas enviamos nuestras simpatías y condolencia á la afligida familia.

Lluvia de huevos de paloma.

En muchos años no se había visto en esta ciudad una granizada como la que cayó antier, á eso de las cinco de la tarde.

El vecindario quedó maravillado en presencia de fenómeno tan raro, pues los tempanitos alcanzaron el tamaño de una nuez, ó de un huevo de paloma.

Esa prestidigitación celestial duró poco rato, que si no los tejados á estas horas estarían como la reputación literaria del padre Birot de Costa Rica.

(Tomado de *El Occidental* de Santa Ana, República de El Salvador).

GACETILLAS

TENEMOS el gusto de participar al público que dentro de poco tiempo podremos ofrecer un saloncito de lectura de periódicos y obras espiritistas. De ellas hemos venido reproduciendo algunos artículos, con el fin de dar á conocer autores y doctrinas. Esos trabajos, á nuestro juicio, á más de su mérito literario, tienen el de exponer los principios en que descansa el credo espiritista.

TAMBIÉN participamos á nuestros lectores que hemos sido honrados con la agencia de la *Revista de Estudios Psicológicos* de Barcelona, importante publicación espiritista, que recomendamos á nuestros lectores. Así mismo, somos agentes de una casa editora de obras igualmente espiritistas; por consiguiente podemos darlas á menos precio que cualesquiera otras.

TEATRO. La Compañía Siglo XX dió principio á sus trabajos en el Teatro de Variedades, el 18 de este mes. La Compañía es simpática y no fué mal recibida del público.

La primera de las piecitas que la Compañía puso en escena aquella noche, parece burlarse del espiritismo; lo toma como medio de exhibir á Sigismundo de *La vida es sueño* y á Vico y á Mario.

Lo que más gustó al público fué el joven violinista Juan Manén.

VOLVIENDO al espiritismo. Muchos se burlan de él, por su parte experimental. Sin embargo, sociedades respetables, sabios, literatos y personas de toda clase han presenciado los fenómenos espiritistas.

Con decir que los reconocen ardientes defensores de la Iglesia Católica. Testigo de ello, que no nos dejará mentir, es el señor de Manterola; pero él atribuye esos fenómenos á Satanás, y con eso queda todo dicho.

El espiritismo podría vivir sin su parte experimental; es

una filosofía, es una ciencia, la única que racionalmente lo explica todo, que coloca á Dios en su lugar y la humanidad en su camino.

EL GRANO DE ARENA cumplirá sus compromisos, como publicación quincenal, hasta la próxima terminación de esta primera serie. Después nuestro periódico acaso sea mensual.

Personas inteligentes han recibido con aprecio nuestro humilde periódico, y la prensa extranjera nos ha hecho reproducciones y menciones honoríficas que, sinceramente, no creemos merecer.

El único mérito que reconocemos en nosotros, es que nuestra labor no ha tenido por estímulo el lucro, sino aspiraciones nobles.

REPRODUCCION

LA SAVIA DEL CRISTIANISMO.

(De NICODEMO, por D. José Amigó y Pellicer.)

II

TREINTA años permaneció Jesús oculto antes de dar principio á la santa predicación de una doctrina nueva, que había de derribar los altares de los antiguos dioses, para sustituirlos con otro altar, no de mármoles y preciosas maderas, si no de purísimo y espiritual sentimiento. Hijo de padres humildes, de pobres artesanos, que necesitaban del fruto de su manual trabajo para procurarse su honrada subsistencia, compartía con ellos los sudores de un oscuro oficio, mientras maduraba el vastísimo plan de cambiar radicalmente la faz del mundo y salvar á la humanidad de la disolución y de la ignorancia, que pesaban sobre ella como una doble losa abrumadora. En aquel olvidado rincón de Nazareth germinaba la semilla de la regeneración humana, y de allí había de salir la chispa destinada á producir un purificador incendio universal sobre todos los pueblos de la tierra.

La luz de las sagradas lámparas que ardían junto á las aras de las deidades helénicas, que eran las deidades del colosal imperio de los Césares romanos, empezaba á vacilar y palidecer ante el brillo cada día más intenso de otra luz más poderosa, la del entendimiento, la de la razón humana, que se emancipaba poco á poco de las es-

pesas brumas del fanatismo y del error. Y mientras los ídolos se conmovían en sus gastados arietos al choque de la invasora filosofía, y el farisismo judaico pugnaba inútilmente por sostenerse y prevalecer sobre las ruinas de la tradición mosaica, todas las creencias zozobraban en el turbulento oleaje de las pasiones desbordadas, del utilitarismo, de la disolución y de los vicios de la época. Hundíase la civilización antigua; desmoronábase la vieja sociedad sin estrépito y sin gloria, á manera de un edificio ruinoso y cuarteado que se viene al suelo lentamente, roído por la acción demolidora de los siglos. Yermas las conciencias, exhaustos los corazones de virtudes y de fé, la religión no era otra cosa que un conjunto aparatoso de formas artificiales con que se procuraba disimular la carencia poco ménos que absoluta de moral.

Ya cinco siglos antes había notado este vacío y entrevisto los medios de llenarlo en bien de la humanidad el ilustre Sócrates, filósofo griego de quien han tomado todas las escuelas filosóficas y todos los filósofos moralistas posteriores. Él y su discípulo Platon, conocedores profundos de los males de su tiempo, viendo que la religión era, más bien que el tributo de adoración de la criatura al Creador, una hipócrita máscara con que se pretendía encubrir la corrupción y el sensualismo, quisieron espiritualizar las creencias haciendo del alma humana el principio y objeto de toda filosofía, y de la Divinidad el término de toda humana aspiración. Mas el terreno no estaba preparado para recibir la salvadora semilla. Aún había la humanidad de revolcarse por largo tiempo en el cieno de sus liviandades y en la inmundicia de sus groseros deleites, para que se hiciera más sensible la necesidad de la regeneración, y los pueblos abriesen sus oídos á la verdad y sus ojos á la luz. Sócrates fué condenado á beber la cicuta en desagravio de las absurdas creencias dominantes, y Platon esperó en vano la aurora del nuevo día.

A la venida de Jesucristo el mundo no estaba en disposición de dar frutos de verdad, pero sí de recibir la simiente. Por lo mismo que todas las creencias vacilaban y la confusión religiosa agitaba los inquietos ánimos, éstos habían de volverse fácilmente hacia donde se viese nacer un rayo de sol que iluminase los desiertos de la conciencia. Tropezaría la nueva idea

con obstáculos al parecer insuperables: suscitaríanse á su paso tempestades de persecución y de ira; veríase uno y otro día obligada á librar batallas contra las tradiciones, contra las costumbres, contra los intereses seculares creados á la sombra de los antiguos principios; pero como sobre aquellos intereses, costumbres y tradiciones está la necesidad de conservación, y todas las sociedades la sienten, y por ella, providencial ó instintivamente, sacrifican cualquiera otra necesidad, llegaría en último término el día en que la nueva idea, triunfante de todos sus enemigos, se apoderase de los entendimientos más refractarios á las innovaciones y al progreso.

No se le ocultaba á la clarísima inteligencia de Jesús, descendido á la tierra en cumplimiento de las profecías para redimir con su doctrina á la humanidad extraviada, el estado moral de las sociedades de su tiempo. Desde su oscuro retiro de Nazareth seguía el movimiento religioso del mundo, y lleno de amor por sus hermanos lloraba en silencio las veleidades de los hombres; sin embargo, no quiso aventurar por precipitación ó ligereza el resultado de la grande obra cuya primera y fundamental piedra había de poner con sus divinas enseñanzas. No menos de treinta años se tomó para meditar y prepararse á la lucha, como si hubiese querido manifestar que todas las fuerzas que al espíritu y al cuerpo presta la edad viril habían de serle necesarias.

Sonó por fin la hora señalada en los supremos consejos para la rehabilitación del linaje de los hombres. Sale Jesús de Nazareth, esto es, de la oscuridad, del silencio, de la meditación, del sosiego y de los afectos del hogar, para entregarse todo entero al ministerio de la palabra, á la enseñanza pública de la doctrina redentora, al desarrollo práctico del divino plan que ha de transformar el mundo, á la agitación y peligros que trae consigo la lucha franca de la verdad contra el error, al sacrificio de sí propio en aras del amor á los demás y de la salvación de todos. Cruzará la escena de la vida pública como un meteoro fugaz, desapercibido para la casi totalidad de los hombres de su tiempo: algunos de los del pueblo, pocos en número, adivinando su misión, le creerán Profeta y le llamarán Mesías; los sabios del siglo y los escépticos le sumarán con los orates y visionarios, dignándose apenas concederle una mirada de despre-

ciativa compasión; los sacerdotes le apellidarán instrumento de Belcebub, y todos los condenados por la severidad de sus doctrinas, impostor, mago, corruptor de las costumbres y de las antiguas creencias y agente sedicioso de los enemigos del César. No logrará agrupar en derredor suyo, para divulgar la buena nueva, más que una docena de hijos del pueblo, pobres y humildes como él, sin nombre, sin instrucción, sin influencia; y aun, de los doce, el mayor y más adicto le negará tres veces, otro le venderá á los sacerdotes, sus mortales enemigos, y todos se dispersarán al soplo de la persecución, dejándole abandonado el día de la tormenta. Mas no importa. Nada de esto escapa á la previsión de Jesús: él sabe cuán ineficaces han de ser por de pronto su abnegación y sacrificios; que ni aun los suyos le conocerán y recibirán; que sus enseñanzas habrán de concitarle las iras de la hipocresía y del orgullo; que el veleidoso pueblo le saludará hoy como á salvador, para llevarle mañana á la ignominia de la cruz; pero tampoco ignora que uno es el tiempo de sembrar y otro el de recoger, y que para hacer copiosamente fecunda la semilla de la nueva fé, había de regarla con su sangre.

He aquí por qué desde su salida de Nazareth ni una sola vez agita sus labios la más ligera sonrisa. Su semblante y sus palabras revelan de continuo la tristeza que llena su corazón. La nube de su rostro sólo se disipa cuando su espíritu venturosamente arrojado se desprende de la tierra para volar al cielo, desde donde, dominando los tiempos y apresurando el porvenir, cuenta las generaciones y los siglos, y ve el árbol de la vida haciendo grata y salvadora sombra sobre todos los pueblos, confundidos en uno por la adoración y el amor. En estas horas de inefable y divino éxtasis, de dulce y amoroso deliquio, en que el sentimiento le embarga por entero, su alma salva rápidamente las distancias que le separan de aquella feliz edad, término remoto de sus presentes deseos, en que ni en el monte ni en Jerusalén se adora al Padre, sino con la adoración verdadera del espíritu, y reinen entre los hombres la fraternidad y la virtud. ¿Qué son en aquellos momentos para Jesús las amarguras de su vida? Gloriosos recuerdos de una abnegación heroica, armoniosos ecos de una existencia toda consagrada al amor, dulces memorias de un pasado de

redención y sacrificio, plácidos aromas de una flor en cuyo cáliz bebió la humanidad el delicio. so néctar de la vida. Pero si durante este paréntesis de arrobo y profecía se dibuja en su rostro y brilla en su mirada la felicidad del triunfo, otra vez las lágrimas empañan el brillo de sus ojos y la tristeza nubla su divina faz, cuando, vuelto de las esperanzas é intuiciones del porvenir á la desconsoladora realidad que le rodea, prevee las dificultades con que su doctrina habrá de luchar y los muchos siglos y generaciones que se habrán de suceder antes que llegue la época de la siega y la humanidad se posesione por sus merecimientos de la venturosa tierra prometida.

De suerte que la reformadora misión á que consagró Jesús todas las fuerzas vivas de su espíritu en los tres años de pública enseñanza del Evangelio, que fueron los últimos de su vida, arranca de un acto de incomparable abnegación, consumado en el secreto de su voluntad, en el santuario de su alma, en el arca sellada de sus celestiales concepciones y en la purísima fuente de sus amorosos sentimientos. Porque, saber que toda la energía de sus palabras y de sus deseos había de estrellarse en el ridículo, en la hipocresía, en el escepticismo y la ignorancia; que había de ser la mofa y el blanco de las iras de los mismos á quienes se proponía regenerar y salvar; y sin embargo, arrostrarlo todo, ridículo, mofas, persecución y martirio, para que en remotísimos tiempos fructificase la evangélica simiente y saliera la humanidad del Egipto de su obcecación y miserias, abnegación es, y tan grande, que sólo puede concebirse en quien, como Jesús, se olvidase por completo de sí mismo para no acordarse sino de la felicidad de los demás. La *abnegación* es el primer principio de la semilla cristiana; en los párrafos sucesivos la veremos alimentarse del amor y echar hondas raíces por la virtud del sacrificio, tres palabras que, como lo tres atributos de Dios, se compenetran y recíprocamente se explican, constituyendo juntas y por separado la sávia del Cristianismo primitivo, la única que posee la virtualidad necesaria para que el árbol eleve majestuosamente su copa sobre el azulado firmamento y cobije bajo su espléndido ramaje á todos los pueblos de la tierra.